

Jorge Luis Borges



EL SUR

JORGE LUIS BORGES

Uno de los grandes valores de la literatura de todos los tiempos, el argentino Jorge Luis Borges (1899—1986), cuentista, ensayista y poeta, vivió su niñez en Buenos Aires, en Palermo, barrio que con el tiempo cobró para él cualidades a la vez entrañables y míticas. Muchas veces vemos reflejados en sus cuentos los compadritos, los jugadores, de naipes, y los tanguistas que habitaban el almocén, o tienda cantina, enfrente de la casa donde se crió el futuro escritor. Leemos en su obra de los hombres que allí moraban, impresionando con sus cuentos de un pasado ilusorio, hombres análogos al mismo Borges, quien pasó de ser niño de puertas adentro, donde leía los libros de la biblioteca de su padre, a ser, mediante sus narraciones, forjador de sueños de valentía y de barbarie. La confluencia de los dos linajes—el germánico y el argentino—del protagonista Juan Dahlmann, en "El Sur" (1956), refleja la doble estirpe del autor, de sangre inglesa y criolla, circunstancia que Borges aquí llamará "discordia" y que nos lleva de algún modo al enigmático desenlace del cuento. En una postdata que escribe Borges, al agregar, en 1956, este nuevo cuento a su colección Ficciones (1944), el autor nos dice: "De 'El Sur', que es acaso mi mejor cuento, básteme prevenir que es posible leerlo como directa narración de hechos novelescos y también de otro modo."

El hombre que desembarcó en Buenos Aires en 1871 se llamaba Johannes Dahlmann y era pastor de la iglesia evangélica; en 1939, uno de sus nietos, Juan Dahlmann, era secretario de una biblioteca municipal en la calle Córdoba y se sentía hondamente argentino. Su abuelo materno había sido aquel Francisco Flores, del 2 de infantería de línea, que murió en la frontera de Buenos Aires, lanceado por indios de Catriel; en la discordia de sus dos linajes,¹ Juan Dahlmann (tal vez a impulsos de la sangre germánica) eligió el de ese antepasado romántico, o de muerte romántica. Un estuche² con el daguerrrotipo³ de un hombre inexpressivo y barbado, una vieja espada, la dicha y el coraje de ciertas músicas, el hábito de estrofas del *Martin Fierro*,⁴ los años, el desgano y la soledad, fomentaron⁵ ese criollismo⁶ algo voluntario, pero nunca ostentoso. A costa de algunas privaciones, Dahlmann había logrado salvar el casco⁷ de una estancia⁸ en el Sur, que fue de los Flores; una de las costumbres de su memoria era la imagen de los eucaliptos balsámicos y de la larga casa rosada que alguna vez fue carnesí.⁹ Las tareas y acaso la indolencia lo retenían en la ciudad. Verano tras verano se contentaba con la idea abstracta de posesión y con la certidumbre de que su casa estaba esperándolo, en un sitio preciso de la llanura. En los últimos días de febrero de 1939, algo le aconteció.

¹ linajes (m.)—herencia biológica.

² estuche (m.)—funda o contenedor hecho para guardar objetos, como una espada, gafas, discos, etc.

³ daguerrrotipo—fotografía antigua al estilo del siglo XIX, hecha mediante un proceso que usaba plata y cobre

⁴ *Martin Fierro*—poema narrativo de José Hernández (1834—1886), cuyo héroe era el gaucho legendario Martín Fierro.

⁵ fomentaron—dieron lugar a; facilitaron.

⁶ criollismo—exaltación de las cualidades, maneras de pensar y costumbres de los criollos, descendientes de españoles pero nacidos en el Nuevo Mundo.

⁷ casco—frAGMENTO central; restos.

⁸ estancia—hacienda de campo para el cultivo o la ganadería.

⁹ carnesí—de un rojo vivo.

Ciego a las culpas, el destino puede ser despiadado¹⁰ con las mínimas distracciones. Dahlmann había conseguido, esa tarde, un ejemplar¹¹ descabalado¹² de las *Mil y una noches*, de Weil; ávido de examinar ese hallazgo, no esperó que bajara el ascensor y subió con ápuro las escaleras; algo en la oscuridad le rozó la frente ¿un murciélago,¹³ un pájaro? En la cara de la mujer que le abrió la puerta vio grabado el horror, y la mano que se pasó por la frente salió roja de sangre. La arista¹⁴ de un batiante¹⁵ recién pintado que alguien se olvidó de cerrar le habría hecho esa herida. Dahlmann logró dormir, pero a la madrugada estaba despierto y desde aquella hora el sabor de todas las cosas fue atroz. La fiebre lo gastó¹⁶ y las ilustraciones de las *Mil y una noches* sirvieron para decorar pesadillas.¹⁷ Amigos y parientes lo visitaban y con exagerada sonrisa le repetían que lo hallaban muy bien. Dahlmann los oía con una especie de débil estupor y le maravillaba que no supieran que estaba en el infierno. Ocho días pasaron, como ocho siglos. Una tarde, el médico habitual se presentó con un médico nuevo y lo condujeron a un sanatorio¹⁸ de la calle Ecuador, porque era indispensable sacarle una radiografía. Dahlmann, en el coche de plaza¹⁹ que los llevó, pensó que en una habitación que no fuera la suya podría, al fin, dormir. Se sintió feliz y conversador; en cuanto llegó, lo desvistieron, le raparon²⁰ la cabeza, lo

¹⁰ despiadado—cruel; sin compasión.

¹¹ ejemplar—copia; libro.

¹² descabalado—incompleto; fragmentario.

¹³ murciélago—mamífero con alas, de color negro, que vive en cuevas y sale de noche.

¹⁴ arista—punta; filo; ángulo saliente formado por dos caras planas o curvas.

¹⁵ batiante (m.)—contraventana, generalmente de madera.

¹⁶ gastó—debilitó.

¹⁷ pesadillas—sueños desagradables.

¹⁸ sanatorio—hospital; clínica para el tratamiento de los enfermos.

¹⁹ coche de plaza—coche de servicio público; coche de alquiler.

²⁰ raparon—afeitaron o cortaron todo el pelo.

sujetaron con metales a una camilla, lo iluminaron hasta la ceguera y el vértigo, lo auscultaron²¹ y un hombre enmascarado le clavó una aguja en el brazo. Se despertó con náuseas, vendado,²² en una celda que tenía algo de pozo²³ y, en los días y noches que siguieron a la operación pudo entender que apenas había estado, hasta entonces, en un arrabal²⁴ del infierno. El hielo no dejaba en su boca el menor rastro de frescura. En esos días, Dahlmann minuciosamente se odió; odió su identidad, sus necesidades corporales, su humillación, la barba que le erizaba²⁵ la cara. Sufrió con estolicismo las curaciones, que eran muy dolorosas, pero cuando el cirujano²⁶ le dijo que había estado a punto de morir de una septicemia,²⁷ Dahlmann se echó a llorar, conolido de su destino. Las miserias físicas y la incesante previsión de las malas noches no le habían dejado pensar en algo tan abstracto como la muerte. Otro día, el cirujano le dijo que estaba reponiéndose y que, muy pronto, podría ir a convalecer a la estancia. Increíblemente, el día prometido llegó.

A la realidad le gustan las simetrías y, los leves anacronismos; Dahlmann había llegado al sanatorio en un coche de plaza y ahora un coche de plaza lo llevaba a Constitución.²⁸ La primera frescura del otoño, después de la opresión del verano, era como un símbolo natural de su destino rescatado de la muerte y la fiebre. La ciudad, a las siete de la mañana, no había perdido ese

²¹ auscultaron—examinaron con la ayuda de un estetoscopio.

²² vendado—cubierto de vendas, telas suaves para tapar heridas.

²³ pozo—excavación vertical circular para extraer agua subterránea.

²⁴ arrabal (m.)—cercanías.

²⁵ erizaba—picaba.

²⁶ cirujano—médico que opera a sus pacientes.

²⁷ septicemia—infección de la sangre.

²⁸ Constitución—plaza importante de Buenos Aires; parada del subterráneo y estación de trenes, desde la cual salen los trenes hacia el sur de la Argentina.

aire de casa vieja que le infunde²⁹ la noche; las calles eran como largos zaguanes,³⁰ las plazas como patios. Dahlmann la reconocía con felicidad y con un principio de vértigo; unos segundos antes de que las registrarán sus ojos, recordaba las esquinas, las carteleras,³¹ las modestas diferencias de Buenos Aires. En la luz amarilla del nuevo día, todas las cosas regresaban a él.

Nadie ignora que el Sur empieza del otro lado de Rivadavia. Dahlmann solía repetir que ello no es una convención y que quien atraviesa esa calle entra en un mundo más antiguo y más firme. Desde el coche buscaba entre la nueva edificación, la ventana de rejas,³² el llamador,³³ el arco de la puerta, el zaguán, el íntimo patio.

En el *hall* de la estación advirtió que faltaban treinta minutos. Recordó bruscamente que en un café de la calle Brasil (a pocos metros de la casa de Yrigoyen) había un enorme gato que se dejaba acariciar por la gente, como una divinidad desdeñosa.³⁴ Entró. Ahí estaba el gato, dormido. Pidió una taza de café, la endulzó lentamente, la probó (ese placer le había sido vedado³⁵ en la clínica) y pensó, mientras alisaba el negro pelaje, que aquel contacto era ilusorio y que estaban como separados por un cristal, porque el hombre vive en el tiempo, en la sucesión, y el mágico animal, en la actualidad,³⁶ en la eternidad del instante.

A lo largo del penúltimo andén³⁷ el tren esperaba. Dahlmann recorrió los vagones y dio con uno casi vacío.

²⁹ infunde—da; presta; transmite.

³⁰ zaguanes—entradas, o vestíbulos inmediatos a las puertas de calle de ciertos edificios o casas.

³¹ carteleras—letreros que se encuentran en un edificio público donde se anuncian las funciones de los espectáculos públicos.

³² rejas—barridos sobre las ventanas de calle, típicamente de hierro forjado.

³³ llamador—aldaba; campanita o timbre en la puerta de calle.

³⁴ desdeñosa—que siente desdén; alanera; orgullosa.

³⁵ vedado—prohibido.

³⁶ la actualidad—el ahora; el momento presente.

³⁷ andén (m.)—plataforma de espera en una estación de trenes.

Acomodó en la red³⁸ la valija; cuando los coches arrancaron,³⁹ la abrió y sacó, tras alguna vacilación, el primer tomo de las *Mil y una noches*. Viajar con este libro, tan vinculado a la historia de su desdicha,⁴⁰ era una afirmación de que esa desdicha había sido anulada y un desafío⁴¹ alegre y secreto a las frustradas fuerzas del mal.

A los lados del tren, la ciudad se desgarraba⁴² en suburbios; esta visión y luego la de jardines y quintas⁴³ demoraron el principio de la lectura. La verdad es que Dahlmann leyó poco; la montaña de piedra imán y el genio que ha jurado matar a su bienhechor eran, quien lo niega, maravillosos, pero no mucho más que la mañana y que el hecho de ser. La felicidad lo distraía de Shahrazad y de sus milagros superfluos; Dahlmann cerraba el libro y se dejaba simplemente vivir.

El almuerzo (con el caldo servido en boles⁴⁴ de metal reluciente, como en los ya remotos veraneos de la niñez) fue otro goce tranquilo y agradecido.

Mañana me despertaré en la estancia, pensaba, y era como si a un tiempo fuera dos hombres: el que avanzaba por el día otoñal y por la geografía de la patria, y el otro, encarcelado en un sanatorio y sujeto a metódicas servidumbres. Vio casas de ladrillo sin revocar,⁴⁵ esquinadas y largas, infinitamente mirando pasar los trenes; vio jinetes⁴⁶ en los terrosos caminos; vio zanjas⁴⁷ y lagunas y hacienda,⁴⁸ vio largas nubes luminosas que

³⁸ red (f.)—especie de hamaca que colgaba de las paredes de los vagones donde los pasajeros podían poner sus maletas, valijas o paquetes.

³⁹ arrancaron—salieron; partieron; se pusieron en marcha.

⁴⁰ desdicha—infortunio; infelicidad.

⁴¹ desafío—reto; enfrentamiento; incitación a combatir.

⁴² desgarraba—desahúa; despedazaba.

⁴³ quintas—casas de campo; fincas.

⁴⁴ boles (m.)—tazones; platos hondos; vasijas.

⁴⁵ revocar—pintar con cal.

⁴⁶ jinetes (m.)—los que van montados a caballo.

⁴⁷ zanjas—excavaciones largas; trincheras; canales.

⁴⁸ hacienda—ganado; toros y vacas.

parecían de mármol, y todas estas cosas eran casuales, como sueños de la llanura. También creyó reconocer árboles y sembrados⁴⁹ que no hubiera podido nombrar, porque su directo conocimiento de la campaña⁵⁰ era harto inferior a su conocimiento nostálgico y literario.

Alguna vez durmió y en sus sueños estaba el ímpetu del tren. Ya el blanco sol intolerable de las doce del día era el sol amarillo que precede al anochecer y no tardaría en ser rojo. También el coche era distinto; no era el que fue en Constitución, al dejar el andén: la llanura y las horas lo habían atravesado y transfigurado. Afuera la móvil sombra del vagón se alargaba hacia el horizonte. No turbaban⁵¹ la tierra elemental ni poblaciones ni otros signos humanos. Todo era vasto, pero al mismo tiempo era íntimo y, de alguna manera, secreto. En el campo desatorado,⁵² a veces no había otra cosa que un toro. La soledad era perfecta y tal vez hostil, y Dahlmann pudo sospechar que viajaba al pasado y no sólo al Sur. De esa conjetura fantástica lo distrajo el inspector, que, al ver su boleto, le advirtió que el tren no lo dejaría en la estación de siempre sino en otra, un poco anterior y apenas conocida por Dahlmann. (El hombre añadió una explicación que Dahlmann no trató de entender ni siquiera de oír, porque el mecanismo de los hechos no le importaba.)

El tren laboriosamente se detuvo, casi en medio del campo. Del otro lado de las vías quedaba la estación, que era poco más que un andén con un cobertizo.⁵³ Ningún vehículo tenían, pero el jefe opinó que tal vez pudiera conseguir uno en un comercio que le indicó a unas diez, doce, cuadradas.

⁴⁹ sembrados—terrenos cultivados.

⁵⁰ campaña—campo llano, sin montañas.

⁵¹ turbaban—molestaban; inquietaban.

⁵² desatorado—desmedido; extremadamente grande.

⁵³ cobertizo—tejado saliente o techado toscos, rudo.

Dahlmann aceptó la caminata como una pequeña aventura. Ya se había hundido el sol, pero un esplendor final exaltaba la viva y silenciosa llanura, antes de que la borra la noche. Menos para no fatigarse que para hacer durar esas cosas, Dahlmann caminaba despacio, aspirando con grave felicidad el olor del trébol.

El almacén,⁵⁴ alguna vez, había sido punzó,⁵⁵ pero los años habían mitigado para su bien ese color violento.⁵⁶ Algo en su pobre arquitectura le recordó un grabado en acero, acaso de una vieja edición de *Pablo y Virginia*.⁵⁷ Atados al palenque⁵⁸ había unos caballos. Dahlmann, adentro, creyó reconocer al patrón; luego comprendió que lo había engañado su parecido con uno de los empleados del sanatorio. El hombre, oído el caso, dijo que le haría atar la jardinera,⁵⁹ para agregar otro hecho a aquel día y para llenar ese tiempo, Dahlmann resolvió comer en el almacén.

En una mesa contían y bebían ruidosamente unos muchachones, en los que Dahlmann, al principio, no se fijó. En el suelo, apoyado en el mostrador, se acurrucaba,⁶⁰ inmóvil como una cosa, un hombre muy viejo. Los muchos años lo habían reducido y pulido,⁶¹ como las aguas a una piedra o las generaciones de los hombres a una sentencia. Era oscuro, chico y reseco, y estaba como fuera del tiempo, en una eternidad.

⁵⁴ almacén (m.)—en Argentina, comercio en el campo donde se venden comestibles, bebidas, y otros artículos, donde también se puede comer; tomar una copa y reunirse con los amigos; algo parecido a una cantina.

⁵⁵ punzó—color rojo muy vivo, parecido al de la amapola.

⁵⁶ violento—anormal; chocante; incómodo.

⁵⁷ Pablo y Virginia—un romance idílico francés muy popular, de Bernardin de Saint-Pierre, de estilo romántico, que evoca la nostalgia por un paraiso perdido. Incluye descripciones de la surtosa naturaleza donde se desenvuelve la trama.

⁵⁸ palenque—valla o cerco, o madero al que se atan los caballos.

⁵⁹ jardinera—en Argentina, carruaje ligero de dos ruedas que sirve para llevar pasajeros a aeropuertos y estaciones de trenes.

⁶⁰ se acurrucaba—se encogía; se hacía un ovillo.

⁶¹ pulido—limado; desgastado.

Dahlmann registró⁶² con satisfacción la vincha,⁶³ el poncho de bayeta,⁶⁴ el largo chiripá⁶⁵ y la bota de potro y se dijo, rememorando inútiles discusiones con gente de los partidos del Norte o con entrerrianos,⁶⁶ que gauchos de éstos ya no quedan más que en el Sur.

Dahlmann se acomodó junto a la ventana. La oscuridad fue quedándose con el campo, pero su olor y sus rumores aún le llegaban entre los barrotes de hierro. El patrón le trajo sardinas y después carne asada; Dahlmann las empujó con unos vasos de vino tinto. Ocioso, paladeaba el áspero sabor y dejaba errar⁶⁷ la mirada por el local, ya un poco soñolienta. La lámpara de kerosén pendía de uno de los tirantes,⁶⁸ los parroquianos⁶⁹ de la otra mesa eran tres: dos parecían peones de chacra,⁷⁰ otro, de rasgos achinados⁷¹ y torpes, bebía con el chambergo⁷² puesto. Dahlmann, de pronto, sintió un leve roce en la cara. Junto al vaso ordinario de vidrio turbio, sobre una de las rayas del mantel, había una bolita de miga.⁷³ Eso era todo, pero alguien se la había tirado.

Los de la otra mesa parecían ajenos⁷⁴ a él. Dahlmann, perplejo, decidió que nada había ocurrido y abrió el volumen de las *Mil y una noches*, como para

⁶² registró—notó; examinó.

⁶³ vincha—banda que se coloca en la cabeza para sujetar el cabello.

⁶⁴ bayeta—tela de lana floja.

⁶⁵ chiripá (m.)—prenda de vestir del gaucho, algo parecido al taparrasos; un paño que, a manera de calzones, cubre la mayor parte de los muslos y, pasando entre las piernas, se sujeta a la cintura.

⁶⁶ entrerrianos—los que provienen de la provincia argentina de Entre Ríos, al este del país.

⁶⁷ errar—ir de un lado a otro.

⁶⁸ tirantes (m.)—vigas; maderos gruesos que sostienen el techo.

⁶⁹ parroquianos—clientes del almacén; vecinos del lugar.

⁷⁰ chacra—granja pequeña.

⁷¹ rasgos achinados—facciones propias o aspecto propio de un indígena.

⁷² chambergo—sombbrero suave de ala ancha.

⁷³ miga—la parte blanda del pan.

⁷⁴ ajenos—indiferentes; desconectados.

tapar la realidad. Otra boilita lo alcanzó a los pocos minutos, y esta vez los peones se rieron. Dahlmann se dijo que no estaba asustado, pero que sería un *disparate*⁷⁵ que él, un convalciente, se dejara arrastrar por desconocidos a una pelea confusa. Resolvió salir; ya estaba de pie cuando el patrón se le acercó y lo exhortó con voz alarmada:

—Señor Dahlmann, no les haga caso a esos mozos, que están medio alegres.⁷⁶

Dahlmann no se extrañó de que el otro, ahora, lo conociera, pero sintió que estas palabras conciliadoras agravaban, de hecho, la situación. Antes, la provocación de los peones era a una cara accidental, casi a nadie; ahora iba contra él y contra su nombre y lo sabrían los vecinos. Dahlmann hizo a un lado al patrón, se enfrentó con los peones y les preguntó qué andaban buscando.

El *compadrito*⁷⁷ de la cara achinada se paró, *tambaleándose*.⁷⁸ A un paso de Juan Dahlmann, lo *injurio*⁷⁹ a gritos, como si estuviera muy lejos. Jugaba a exagerar su borrachera y esa exageración era una ferocidad y una burla. Entre malas palabras y obscenidades, tiró al aire un largo cuchillo, lo siguió con los ojos, lo *barajó*,⁸⁰ e invitó a Dahlmann a pelear. El patrón objetó con trémula voz que Dahlmann estaba desarmado. En ese punto, algo *imprevisible*⁸¹ ocurrió.

Desde un rincón, el viejo gaucho *extático*,⁸² en el que Dahlmann vio una cifra⁸³ del Sur (del Sur que era suyo),

⁷⁵ *disparate*—locura; estupidez.

⁷⁶ medio alegres—medio borrachos.

⁷⁷ *compadrito*—hombre prototípico de los arrabales de Buenos Aires; presunido y pendenciero.

⁷⁸ *tambaleándose*—meciéndose; inestable.

⁷⁹ *injurio*—insultó con malas palabras.

⁸⁰ *barajó*—agarró; cogió.

⁸¹ *imprevisible*—inesperado; sorprendente.

⁸² *extático*—en un estado de exaltación; ensimismado, como transportado fuera del tiempo, fuera del mundo de los sentidos y las circunstancias por la intensidad de un sentimiento místico.

⁸³ cifra—signo; símbolo.

le tiró una *daga*⁸⁴ desnuda que vino a caer a sus pies. Era como si el Sur hubiera resuelto que Dahlmann aceptara el duelo. Dahlmann se inclinó a recoger la daga y sintió dos cosas. La primera, que ese acto casi instintivo lo comprometía⁸⁵ a pelear. La segunda, que el arma, en su mano torpe, no serviría para defenderlo, sino para justificar que lo mataran. Alguna vez había jugado con un puñal, como todos los hombres, pero su *esgrima*⁸⁶ no pasaba de una noción de que los golpes deben ir hacia arriba y con el *filo*⁸⁷ para adentro. *No hubieran permitido en el sanatorio que me pasaran estas cosas*, pensó.

—Vamos saliendo—dijo el otro.

Salieron, y si en Dahlmann no había esperanza, *tampoco* había temor. Sintió, al atravesar el *umbral*,⁸⁸ que morir en una pelea a cuchillo, a cielo abierto y *acometiéndolo*,⁸⁹ hubiera sido una liberación para él, una felicidad y una fiesta, en la primera noche del sanatorio, cuando le clavaron la aguja. Sintió que si él, entonces, hubiera podido elegir o soñar su muerte, ésta es la muerte que hubiera elegido o soñado.

Dahlmann *empuña*⁹⁰ con firmeza el cuchillo, que *acaso*⁹¹ no sabrá manejar, y sale a la llanura.

⁸⁴ *daga*—puñal; cuchillo.

⁸⁵ *comprometía*—obligaba.

⁸⁶ *esgrima*—deporte o arte del manejo de la espada o del sable; arte de pelear con arma blanca, la espada o el cuchillo.

⁸⁷ *filo*—borde agudo, cortante, del cuchillo.

⁸⁸ *umbral* (m.)—sección del marco de una puerta que se extiende por el piso.

⁸⁹ *acometiéndolo*—avanzando contra el enemigo.

⁹⁰ *empuña*—agarrar; toma en la mano.

⁹¹ *acaso*—tal vez; posiblemente.

El Gaucho Argentino

Aunque se la utilizó en todo el río de la Plata - y aún en Brasil - no existe absoluta certeza sobre el origen de la palabra gaucho. Es probable que el vocablo quichua huachu (huérfano, vagabundo) haya sido transformado por los colonizadores españoles utilizándose para llamar gauchos a los vagabundos y guachos a los huérfanos.

También existe la hipótesis de que los criollos y mestizos comenzaron a pronunciar así (gaucho) la palabra chaucho, introducida por los españoles como una forma modificada del vocablo chaouch, que en árabe significa arreador de animales.

La denominación se aplicó generalmente al elemento criollo (hijos de españoles) o mestizo (hijos de españoles con indígenas), aunque sin sentido racial sino étnico ya que también fueron gauchos los hijos de los inmigrantes europeos, los negros y los mulatos que aceptaron su clase de vida.

El ambiente del gaucho fue la llanura que se extiende desde la Patagonia hasta los confines orientales de Argentina, llegando hasta el Estado de Rio Grande del Sur, en Brasil (gaúcho).

El proceso evolutivo del gaucho y el uso de esa palabra se desarrolló sin solución de continuidad. Distintos tipos de gaucho existieron en Argentina antes de 1810, es decir antes de ser conocidos con ese nombre. Peones de campo existieron desde que comenzaron a formarse las primeras estancias, aunque hayan sido pocas al principio. El tercer tipo - que luego se llamó gaucho alzado - existió en reducido número. Pero no fueron los primitivos peones ni los "fuera de la ley" quienes le dieron la característica suficientemente fuerte para llamar la atención.

Es indudable que el tipo de gaucho que tuvo realmente fisonomía peculiar - el primero que fue llamado así - fue el gaucho nómada, no delincuente, que estuvo implícito en el gauderío oriental del s. XVIII. Este gaucho fue algo más que un simple vagabundo. Adquirió en la Argentina, a lo largo del s. XIX rasgos propios bien definidos. Y cuando se difundió suficientemente - es decir, a medida que fue creciendo la población rural - fue llamado gaucho, como también se había llamado al paisano oriental del s. XVIII.

Hábiles jinetes y criadores de ganado, se caracterizaron por su destreza física, su altivez, su carácter reservado y melancólico.

Casi todas las faenas eran realizadas a caballo, animal que constituyó su mejor compañero y toda su riqueza. El lanzamiento del lazo, la doma y el rodeo de hacienda, las travesías, eran realizados por estos jinetes, que hacían del caballo su mejor instrumento; en el caballo criollo no sólo cumplía las faenas cotidianas sino que con él participó en las luchas por la independencia, inmortalizando su nombre con las centauras legiones de Güemes.

Fue el hombre de nuestro campo, principal escenario de su vida legendaria y real. De vida solitaria ya en grupos de tiendas, como las tribus nómades ya en racheríos aislados como en la pampa sureña.

Gauderio: palabra de origen portugués con la que se designaba a los campesinos andariegos de Río Grande do Sud (Brasil) y Uruguay; eran hombres increíblemente dúctiles en el manejo del caballo y la hacienda. La palabra "gauderio" pasó al Río de la Plata, donde no era conocida y sirvió para designar al paisano de nuestros campos: "étnicas de indios y colonizadores..." según Mariano Polliza.

"El sur":

1. Dahlman se imagina una muerte "romántica" y heroica. ¿Crees que si mueres luchando en una guerra para defender algo que tú piensas que es sagrado, que esa muerte es heroica, válida, noble, y justificable? O sea, ¿es esa muerte "mejor" que una muerte natural?

Borges

EL SUR

Sugerencia de María-Esther Sánchez
St. Mark's School
Southborough, MA

* En "El Sur", ¿puedes imaginar un final diferente al del cuento de Borges? ¿Sería más interesante un desenlace fijo, como por ejemplo uno violento?

* Estudiar lo que es el gaucho. ¿Cómo se asemeja al "cowboy" norteamericano? ¿Qué papel hace el "cowboy" en la consciencia folclórica norteamericana? ¿Esto ayuda a explicar por qué Dahlman vuelve a sus raíces "míticas" y quiere morir heroicamente como gaucho? Usa estas ideas para una discusión en clase.

* Sería interesante leer estos dos poemas de Borges y comentar cómo se relacionan con el cuento:

EL SUR

Desde uno de tus patios haber mirado
las antiguas estrellas,
desde el banco de sombra haber mirado
esas luces dispersas
que mi ignorancia no ha aprendido a nombrar
ni a ordenar en constelaciones,
haber sentido el círculo del agua
en el secreto aljibe,
el olor del jazmín y la madre selva,
el silencio del pájaro dormido,
el arco del zaguán, la humedad
—esas cosas acaso, acaso, son el poema.

Borges

"El sur"

1. ¿Cuáles son los orígenes de tus familias materna y paterna? ¿Son similares o hay grandes diferencias?

2. ¿Te sientes más atraído por las anécdotas, historias, o cultura de una parte de la familia que de la otra? Explica.

3. Cuenta una ocasión en que alguien se ha burlado de ti o te ha humillado o insultado delante de otra gente. ¿Qué tenías ganas de hacer? ¿Qué hiciste? En tal caso, ¿eres capaz de luchar con esa persona?

4. ¿Has aceptado alguna vez un reto que sabías de antemano que ibas a perder? Explica.